

—Un combate regular no es un asesinato—murmuró Vincencio.

—La señora regente se negaría á abrir la liza.

—No os hablo de un combate en la liza, Monseñor. Dos hombres chocan á lo mejor con la espada ó la daga en la mano; esos dos hombres se detestan, se baten, etc.; ni la señora regente, ni el mismo rey, nuestro señor, tienen nada que ver en todo eso.

Graville sonrió amargamente.

—En un combate de este género se acude también á la traidora estocada napolitana, ¿no es verdad?

—Para estos casos se inventó precisamente, Monseñor—replicó Tarchino con el mayor descaro.

El conde estuvo, al parecer, vacilando un momento.

—¿Qué quieres, maese Tarchino?—dijo al fin.—No sé qué es lo que motiva tu empeño; reconozco que es posible, que por milagro, digas la verdad una vez en tu vida, pero... á pesar de todo, dispensa mi franqueza, no te creo ni una palabra.

Esto dicho, tomó un pito de oro que le servía para llamar á sus lacayos, viendo lo cual Tarchino exclamó precipitadamente:

—Monseñor, os he ofrecido probar cuanto acabo de decir.

Graville llevó á los labios su pito de oro mientras preguntaba:

—¿La prueba cierta, irrefragable?

—La evidencia—respondió Tarchino.

El conde llamó á sus criados con el pito, y dijo colocándose otra vez en la posición en que le habían dejado Anibal y sus satélites:

—Bueno, la noche es larga todavía; si me pruebas antes de amanecer que el joven que dices es el preferido de Blanca y el hijo de Jaime de Armagnac, lo entregaré á tu traición napolitana, que será esta vez recompensada como es debido,

Vincencio Tarchino inclinóse hasta el suelo y se retiró.

Un segundo después penetraba todo el ejército de los lacayos destinados al arreglo de la persona del conde. La hermosa cabellera de Graville, bien rizada y peinada, lucía llena de perfumes; su espejito veneciano decíale con alegre sonrisa que jamás en su vida había estado más arrogante y apuesto que aquella noche.

## II

### LOS ESTADOS DEL REY SALOMÓN

Si poseyéramos la pluma poética é ilustrada, la pluma de oro que tan bien supo describir las maravillosas fiestas celebradas en honor de la hija de Enrique VIII por el conde de Leicester en su castillo de Kenilworth, haríamos una pintura detallada de las otras fiestas que Olivier de Graville ofreció á la regente de Francia en su palacio de la Marche. Para seguir la ilación de nuestra historia no son indispensables pomposas y eruditas descripciones; pero estos magníficos cuadros, que sólo Walter Scott ha sabido trazar, tienen más valor que todas las intrigas históricas unidas á todas las novelas del universo.

El palacio de la Marche podía ser comparado ventajosamente con el castillo de Kenilworth: la corte de Francia ha sido siempre más espléndida que la de Inglaterra. Los ingleses, es cosa sabida, por más que quieran abandonarse al lujo y á la magnificencia, no pueden ocultar en absoluto algo de la estirada gravedad é inoportuna extravagancia que se reflejan siempre en ellos, aun á través del terciopelo, del oro y de la pedrería.

A veces se cree que fué el genio de Walter Scott

quien creó los preciosos esplendores de la corte, de que era soberana aquella mujer fea, cruel y fanática, á la par que impía, á quien se permite llamar la *Virgen-Reina*. Si se quiebra el prisma con que la embellece el inmortal novelista, no se ve más que una solterona pedante, pero coronada, y en torno suyo una multitud de señores gordos rellenos de *beef-teak* y cerveza fuerte, hasta salirles por los ojos.

Olivier de Graville, que tenía metidas entrambas manos en el tesoro real, derrochó, según cuentan las crónicas, sumas incalculables para llegar á convertir en un riquísimo palacio la antigua residencia de los duques de Nemours. La arquitectura cruzaba una buena época y empezaba ya á nacer el arte caprichoso del siglo XVI. Al antiguo castillo añadió Graville dos alas del género florido, que pasaban por encima de los fosos terraplenados, mirando con arrogancia las torres de la abadía de San Germán de los Prados.

Los jardines del palacio bajaban hasta el Sena, envolviendo á la gran carretera real hasta lindar con los dominios de la Universidad y el pequeño Prado de los clérigos.

Un año hacía ya que los albañiles habían puesto en el remate de las dos alas el ramo de follaje, símbolo de su despedida; y terminada ya la obra quedó, según afirman los historiadores que más se han ocupado de París, siendo uno de los monumentos más admirables que se hayan visto, dejando muy detrás de sí al Louvre y al palacio de San Pablo.

Sus jardines, sobre todo, de una enorme extensión, ofrecían un aspecto fantástico.

Era imposible elegir un sitio más á propósito y más placentero para dar una de esas fiestas gigantescas que sólo la Edad Media ha podido presentar, y ya que se ha desprendido de nuestra pluma

el nombre de Kenilworth, nos vemos precisados á reconocer que los magníficos juegos dispuestos por el conde de la Marche tenían muchos puntos de contacto con las fiestas del favorito de la reina Isabel. En primer lugar, Olivier de Graville, lo mismo que Leicester, había sido el caballero de su soberana, pues no cabe duda de que la hija de Luis XI representó por mucho tiempo en Francia el papel de reina.

Por otra parte, la princesa Ana hallábase en el mismo caso que aquella reina desfavorecida que mandó cortar la hermosa cabeza de María Stuardo. Ningún historiador ha celebrado nunca los atractivos de Ana de Beaujeu, que era tuerta ó poco menos; y es cosa averiguada que cuando ningún cronista sabe encontrar en la punta de su pluma un poco de color para pintar los rasgos de la fisonomía de una princesa, puede asegurarse sin temor de mentir que la tal dama es fea sin remisión. Isabel y Ana hállanse en este caso. En una tercera circunstancia coincidían la posición particular de Leicester y la de Graville: si el primero se había casado secretamente con la dulce y candorosa Any Robsart, Graville trataba de casarse en público con madame Blanca de Armagnac.

De esta fiesta, que aparentemente iba ofrecida á Ana de Beaujeu, Graville deseaba que fuera verdadera reina la joven Blanca.

Pero en la corte de Francia existía un elemento con el que no contaba la de Inglaterra: un niño endeble, flaco de espíritu, un pobrecito enfermo, que era nada menos que el REY.

En Francia las mujeres no han podido empuñar nunca el cetro, como no haya sido de contrabando; pues para regir á la nación caballeresca por excelencia se necesita por precisión un caballero.

Al dar las dos de la madrugada, los guardias que estaban de centinela en los muros del castillo, empezaron por tocar sus bocinas para responder á las señales que se les hacían desde el campo, en la dirección de la puerta Bucy. Instantáneamente se encendió una línea de fuego á lo largo de las almenas, en tanto que la vanguardia de los recién venidos agitaba grandes antorchas, iluminando alegremente las poternas y el puente levadizo. Un duque del reino de Saba (pues así se comprendía en la Edad Media el colorido local), un duque y un par adelantóse lanza en ristre hasta el mismo puente, y requirió la entrada del palacio de Jerusalén para su temida señora, la gran emperatriz de las regiones orientales.

El caballero, que guardaba el paso, preguntó en nombre del rey Salomón si era aquello un reto de guerra ó un acto de cortesía; á lo que el duque y par de Saba respondió que su reina y señora no requería al sabio rey Salomón más que para que le explicara algunas charadas, tan delicadas como útiles.

La reina de Saba había venido directamente y con este solo objeto del fondo de la Arabia. Verdad es que, además de los enigmas y charadas, traía también al hijo de David oro en polvo, incienso, camellos y pedrerías, la célebre goma que los árboles destilan en el dichosísimo Yemen.

El caballero hebreo, llamado Dathan, no pudo menos, ante tan corteses explicaciones, de bajar el puente levadizo para dar entrada á aquellos extranjeros, que venían de tan apartadas comarcas sólo por hacer un cumplido á su señor. No lo hizo, sin embargo, sin advertir antes al duque y par de Saba que el sabio Salomón acababa de desposarse con la hija de Faraón de Egipto, en virtud de lo cual, si la reina árabe traía la intención de probar fortuna,

podía dar por fracasada su empresa y volverse de nuevo á su apartado país con todos sus enigmas y charadas, polvos de oro é incienso, camellos y pedrerías, y hasta la deliciosa goma que destilan los árboles del Yemen.

Después de cruzadas tan francas razones, oyóse el áspero chirrido de las cadenas del puente levadizo, y éste se vió inmediatamente inundado por una oleada de servidores y acompañantes de Blanca, que se apresuraron á penetrar en el interior del castillo. Parecía aquella muchedumbre un verdadero ejército; tan en grande se había preparado el espectáculo, que al llegar á la puerta Bucy, Blanca había encontrado un numeroso tropel de hombres y mujeres destinados á engrosar su comitiva.

A partir de este momento, el puente levadizo quedó abierto, y por espacio de más de una hora pudieron franquearlo todos los que lo pretendieron.

Cuando volvieron á cerrarse las puertas, quedaron aún en torno de las murallas inmensos pelotones de curiosos, pues el anuncio de aquellas fiestas nunca vistas puso á todo París en movimiento: pero las órdenes del sabio rey Salomón eran terminantes, y cuantos no pudieron introducirse en el castillo durante la hora de gracia, hubieron de resignarse á pillar un buen resfriado á lo largo de los fosos.

Blanca hizo su aparición en medio de los bulliciosos acordes de varias músicas, que despertaban los ecos de los viejos lienzos del castillo. Sus caballeros y pajes montados, sus guardias blancos y negros, sus doncellas y sus eunucos, invadieron en un instante el vestibulo y los grandes patios.

Pero esto no duró más que un momento, porque el cortejo árabe no debía recibir hospitalidad en el castillo mismo. Al Oeste del patio de honor abriase un ancho corredor abovedado, cubierto de tapices y flores, que conducía á los jardines y alamedas,

transformados, á peso de oro, en una especie de sueño fantástico, que representaba la ciudad y las cercanías de la gran Jerusalén.

—Véase allí el Jordán, el río triste y sagrado de las divinas poesías, y cerca de él, el torrente de Cedrón y el lago maldito que encierra en su fondo las ruinas de las ciudades sacrilegas de Sodoma y Gomorra. Véase el templo, obra maestra del sabio rey, cuya construcción costó siete años y más de cuatro mil millones.

Enfrente del templo levantábase el suntuoso palacio de Salomón, tan célebre, que las leyendas orientales aseguran que podían alojarse en él cincuenta mil personas. Destacábanse á su espalda las sagradas colinas, con sus amenos bosques tan llorados por las jóvenes de Israel, durante la cautividad de Babilonia, y con sus pastos abundosos, donde los hijos de los Patriarcas habían ido á apacentar sus rebaños innumerables.

En la parte del jardín, que bajaba hacia el Sena, en medio de un paisaje sumamente original que tenía por objeto representar las estribaciones del monte de las Olivas, habíase arreglado una especie de campamento, en el cual cada tienda valía por lo menos tanto como una casa de piedra ó mampostería.

Era este el departamento dedicado á la emperatriz oriental y á su escolta. Imposible de todo punto es describir la magnificencia pródiga y galante á un tiempo mismo, que atesoraba la tienda principal, que era la que iba á ocupar Blanca de Armagnac. Graville había acumulado en ella todos los refinamientos del lujo de la época.

Aquello no concordaba poco ni mucho, tal vez, con el alojamiento que el verdadero Salomón ofreció á la verdadera reina del Yemen. Lejos de nuestro ánimo está comparar formalmente los esfuerzos

de un simple hidalgo francés del siglo xv con los del más poderoso de los monarcas orientales de los tiempos bíblicos, cuyo patrimonio excedía de seiscientos talentos de oro, es decir, más de cien millones de francos actuales; esto sin contar los impuestos propiamente dichos, ni los tributos de las naciones conquistadas; pero nos atrevemos á afirmar, que en tiempo de Graville no había memoria de haberse desplegado el lujo y munificencia de aquella noche de delicias y placeres.

Las telas de la tienda principal estaban bordadas en oro, y lucían los escudos de Blanca. Entre los blasones, veíanse enlazados los de Armagnac y Graville de múltiples maneras é ingeniosas combinaciones, proyectando toda clase de cadenas de amor. En el interior hallábase preparado un exquisito refrigerio, servido en vasos de oro y plata cincelados, que brillaban á la luz de centenares de velas agrupadas en forma elegante y caprichosa y que daban más brillante esplendor á los metales, perlas y demás piedras preciosas de que estaba sembrada aquella encantadora mansión.

En derredor de la tienda, que era espaciosa como un palacio, hallábase formada una triple hilera de esclavas jóvenes, vestidas á la oriental con arreglo á las descripciones de los libros de caballería, con hermosos incensarios en las manos. Todas cayeron de rodillas á la entrada de la reina, prestándole adoración como á una divinidad.

El interior del castillo no estaba decorado con menos suntuosidad, y cuanto al palacio de Salomón, que debía servir de asilo á Ana de Francia en calidad de hija del Faraón, Graville era demasiado buen cortesano para haber omitido el más pequeño detalle de los que pudieran contribuir á su elegancia y pródiga grandeza.

Haría, como media hora que Blanca de Armagnac

había cruzado el puente levadizo, cuando empezó la fiesta, á pesar de la ausencia del dueño del castillo. Los vastos jardines que pretendían ser un trasunto del paisaje sagrado, se encontraban ya llenos de una muchedumbre, ávida de placeres y emociones. Todos los caballeros y damas, que componían la corte de Francia, hallábanse allí reunidos, pudiendo decirse que el único hidalgo del reino que no había sido convidado era su majestad el rey.

Su muy amada hermana la regente contaba divertirse por los dos.

En el primer momento de la fiesta, las máscaras cubrían todos los rostros femeninos; los caballeros llevaban caídas sus viseras los que iban armados, y los que no, dejaban bajar hasta la boca el medio velo, con que remataba su tocado de terciopelo.

Al principio quedó la cosa reducida á un baile como los de trajes que se dan en nuestros días; así es, que los que habían acudido á la Marche sin segunda intención, y sólo por el gusto de hacer lo que en un baile se hace, pudieron quedar complacidos y más que satisfechos.

En el momento mismo en que la puerta principal del castillo se cerraba ya, por haber expirado la hora de gracia fijada de antemano, presentóse delante del puente levadizo una cabalgata compuesta de doce jinetes vestidos con uniformidad, de terciopelo negro y llevando todos el rostro cubierto con antifaces, como los de las mujeres.

Los hombres de la guardia hacían girar ya la rueda, empezando á crujir las cadenas del puente.

El pequeño y enlutado escuadrón lanzóse á galope y cruzó de un salto el puente, que se iba levantando con lentitud. El último jinete vióse obligado á hundir sus espuelas en los ijares de su corcel para franquear el espacio, cada vez mayor, que separaba á la plataforma del borde del foso.

—Ya sabía yo que no podía entrar aquí sino á viva fuerza—dijo el caballero, reuniéndose á sus camaradas.

Estas fueron las únicas frases que pronunciaron. Los doce jinetes pasaron por debajo de la bóveda tapizada, entregaron sus cabalgaduras á los palafreneros de la Marche y se confundieron entre la multitud.

En un extremo de la tienda preparada para Blanca de Armagnac, había un gabinete tocador lindísimo, que atestiguaba lo bien que Graville sabía tratar á las señoras. Blanca dejó á sus damas y doncellas que utilizasen la cena que estaba servida y retiróse al gabinetito acompañada de sus dos camareras predilectas, Berta de Sauves y María de Argennes.

Berta tenía, poco más ó menos, la misma estatura que su señora, y María de Argennes llevaba bajo su manto un bulto muy luminoso.

Entre las dos deshicieron el paquete que contenía un traje perfectamente igual al de madama Blanca; y ésta, convirtiéndose por aquella vez en camarera, ayudó con María á Berta de Sauves á vestirse las ropas que venían en el envoltorio. Blanca, terminada esta operación, quitóse ella misma la preciosa diadema que adornaba su frente, colocándola con sus manos en la cabeza de su camarista. Una máscara, que cubría todo el rostro, completó este disfraz.

Madama Blanca y María retiráronse á distancia mirando á Berta, que andaba delante de ellas.

—¡Perfectamente!—murmuraba la primera;—si puedes tan sólo abstenerte de hablar, amiga Berta, hasta los más linceos caerán en la trampa.

Dirigióse á María la otra doncella, que iba ya ataviando á Blanca, cubriéndole los hombros con el manto de Berta y colocándole en la cabeza la gra-

eiosísima caperuza que poco antes llevaba esta niña hasta que le pusieron la diadema.

—Y ahora—dijo Blanca con tono resuelto,—id con Dios, hijas mías... Dios que me ve, sabe que cumplo con mi deber.

Las tres juntas volvieron á entrar en la tienda. La nueva reina de Sabá, Berta de Sauves, fué á colocarse en su sitio de honor. Blanca se situó en la última fila de sus damas, y María de Argennes, hermosa joven de esbelto y atrevido talle, cruzando la tienda, levantó los cortinajes exteriores de la misma y emboscóse en el jardín.

Juan Rubio y Juan Moreno habían entrado en el palacio de la Marche con el cortejo de Blanca de Armagnac. Para los dos y muchos más había sitio de sobra en el campamento preparado para los de Sabá, pero habían visto al pasar la turba chispeante y abigarrada que circulaba ansiosa por los jardines, y maese Juan Moreno no pudo permanecer mucho tiempo sin moverse. En tanto que escuderos y pajes se preparaban con toda formalidad para el papel que iban á desempeñar en el momento de la entrada del rey Salomón, Juan Moreno levantó las cortinas de la tienda, deslizándose hacia el exterior sus impacientes miradas.

—Juan, amigo mío—dijo en voz muy baja á su compañero,—nos sobra tiempo para todo. Conozco bien á nuestro honorable señor Olivier y jugaría mi cabeza á que está aún en mano de sus barberos ¿Quieres venirte conmigo?

Juan Rubio apenas se había hecho cargo de donde estaba, ni del espectáculo, tan nuevo para él, que se desarrollaba ante sus ojos.

—Estoy aquí para obedecer—respondió,—y es preciso que aquella cuyas órdenes aguardo, sepa dónde me ha de encontrar.

El paje le contempló de los pies á la cabeza.

—¡A fe mía!—murmuró,—has cambiado bien en poco rato, hermano. Hace un momento ya que noto en ti ese aire desembarazado de los que están dispuestos á seguir su camino. ¡Bueno, bravo! Cuando llegues á ser aunque no seas más que barón ó conde, acuérdate de que tengo buen pie, buena mano, buen ojo y de que me hallo en la necesidad de ganar la subsistencia.

El hermoso doncel tendióle la mano sonriendo.

—Búrlate de mí cuanto quieras, hermano—dijo,—quizá tengas razón. Todo lo he olvidado para abandonar mi alma á un solo pensamiento... ¿Quién nos dice que no haya en todo eso más que el alegre capricho de una joven burlona? Nada tengo que discurrir: sea la luz de un faro de salvación, ó ya el brillo mentiroso de un fuego fatuo, he de seguir irremisiblemente mi estrella.

—Y yo te digo—exclamó el paje—que hablas mejor que un libro y mereces que te oigan las testas coronadas. Sigue á ese fanal ó á ese fuego fatuo, hermano mío..., pero advierte que si te quedas inmóvil en este sitio, no llegarás á tocar ni uno ni otro. Vente conmigo, busquemos los dos juntos, pues el corazón me dice que no lo vamos á hacer en vano.

Una palabra de desaprobación acudió á los labios del hermoso doncel; pero por casualidad volvió los ojos hacia el jardín que se divisaba á través de los cortinajes de la abertura de la tienda, y vió pasar por enfrente un delicioso enjambre de mujeres hermosas, entre las que le pareció distinguir á aquella cuya imagen llevaba impresa en el fondo del corazón.

Levantóse precipitadamente y salió antes que su compañero: Juan Moreno no tuvo más que el tiempo preciso de abalanzarse hacia la puerta y coger una punta del manto de su amigo, diciéndole:

—No tan de prisa, hermano. Toma mi brazo,

apriétalo con fuerza, porque si nos perdiéramos en este laberinto, bien sabe Dios las semanas que necesitaríamos para volvernos á encontrar.

Juan Rubio no respondía, pero le arrastraba, á paso gimnástico, hacia aquel grupo de mujeres que se perdía entre la multitud.

—Sígueme, pues—gritó en el momento en que las fugitivas iban á ocultarse detrás de un bosquecillo: —mira, ¿no la ves allí... allí á lo lejos?

—Tantas cosas veo yo—replicó Juan Moreno, maravillado,—que ni siquiera sé dónde me hallo, hermano mío. ¡Qué fiesta y qué ninfas!... ¡Canastos! si las damas de Israel eran de este modo, quisiera haber vivido en su tiempo.

Llegaron al bosquecillo, en el cual acababa de desaparecer la visión de Juan Rubio. Más allá de este bosquecillo, la iluminación del jardín cesaba de repente: habíase fingido, á algunos pasos más hacia atrás, un profundo barranco, por cuyo seno corría un torrente; así es, que entrambos jóvenes hubieron de detenerse al llegar allí, en medio de aquellas tinieblas imprevistas.

—Es imposible que hayan pasado por aquí—dijo Juan Moreno.

Pero el otro mocito creía poder responder de sus ojos; y cuando se adelantó algunos pasos más, encontróse de súbito en presencia de una tropa de hombres armados, cuyas negras vestiduras se confundían con la obscuridad que allí reinaba.

—¡Retírate, hijo de Baal—dijo una voz áspera que salió del grupo,—ve á incorporarte al cortejo de esa atrevida que viene del país de Yemen para ver á un loco! Deja en paz á los hombres prudentes y avisados.

Juan Rubio vaciló; tanto era el afán que le aguijoneaba á seguir la aventura, pero el paje le obligó á retroceder.

—Anda, murmuró éste—ven acá, amigo Juan; esto es alguna jugarreta preparada con algún fin, y sospecho que todos los jardines deben estar llenos de celadas semejantes... Ven acá, te repito, y déjate guiar por mi experiencia; haciéndolo así te prometo que llegaremos al fin de nuestro camino.

Al volver la espalda, Juan Moreno se quedó deslumbrado á la vista de los torrentes de luz que hirieron sus ojos, no menos que del torbellino de mujeres que cruzaban incesantemente por donde poco antes habían pasado los dos jóvenes, y tan azorado andaba el pobre Rubio, que más de diez veces creyó haber hallado á la dama de sus pensamientos. Arrojóse entonces entre la muchedumbre con mayor ardor y olvidóse por completo del pelotón de los caballeros negros.

Entregóse desde aquel momento á la experiencia de su camarada, pero ¡ay! la experiencia de Juan Moreno debía recibirse sólo á beneficio de inventario. No era él el hombre destinado á imitar al sabio Ulises, que mandó le ataran al mastil de su navío con las orejas tapadas con cera para no oír el canto seductor de las sirenas. Confesamos también, sin dificultad, que no era nuestro paje de la madera de que se fabrican los perfectos caballeros, pues faltábale una gran cualidad: la constancia.

Juan Moreno no se acordaba mucho de Mireta en medio de aquellos esplendores.

Eso no impedía que amara con todo su corazón á la que había elegido por mujer. Por ella habría provocado y retado, á uno en pos de otro, y á todos á la vez, á cuantos hombres de armas, hebreos ó gentiles, se hallaban en los jardines de la Marche; pero su amada no estaba allí, y la cabeza atolondrada de Juan Moreno corría de la Ceca á la Meca.

Juan Rubio buscaba como un desesperado, y cada vez que creía encontrar á Blanca, pedía consejos á

su colega. Hubo un instante en el cual exclamó por centésima vez:

—¡Mira, ya la tenemos!

Las bromas con que el paje respondía siempre á esta exclamación y á este anuncio, tantas veces desmentido, no hirieron esta vez los oídos del apuesto doncel, quien sorprendido volvió la cabeza y no encontró á su lado á Juan Moreno.

Sintió entonces oprimirse de desaliento el corazón; aquella turba deslumbradora y locamente agitada, en medio de la que se sentía perdido, era para él como un mar sin fondo. Permanecía allí extraviado y desvanecido; en torno del pobre hijo de la selva no había más que lo desconocido, el caos.

Aquel lujo nunca visto, que ni siquiera sus sueños le habían permitido adivinar; aquellas maravillas prodigiosas; aquella noche, casi más brillante que el mismo día; aquel fausto, aquella riqueza, todo aquel conjunto, en fin, caía sobre él como un contraste abrumador, que ponía más de relieve su miseria.

El recuerdo de su madre le asaltó cuando las lágrimas empezaron á humedecer sus ojos. ¿Si lloraría, tal vez también, en aquel mismo momento? ¿Si se habría puesto en camino siguiendo sus huellas?

¡Ay! Su madre no tenía más consuelo que á él; esto lo sabía el joven, pues la había visto llorar siempre que se creía sola con Dios. ¡Y Juan la había abandonado!

A unos diez pasos de él destacábase la figura de un caballero vestido con rico traje hebreo cuyos anchurosos pliegues no podían disimular su extrema flaqueza; bajo el doble velo que pendía de su casquete ó turbante, veíase un rostro cárdeno, descarnado y enfermizo. Una mujer tapada apoyábase en el brazo de este caballero. Al verla, Juan creyó reconocer el talle esbelto y altivo de su madre; un

soplo de aire hizo ondear la luz de los vasos de colores; levantóse el velo que cubría el rostro de la desconocida y Juan lanzó un grito desgarrador.

¡Era su madre!

Sí, su madre, que le miró prosiguiendo luego su marcha, sin dirigirle una señal, ni una palabra, ni una sonrisa.

Juan cerró los ojos, porque creía estar desvariando; y cuando volvió á abrirlos, el caballero desconocido y su compañera no estaban ya allí.

El pobre Juan intentó volver á las tiendas, en las cuales se había instalado el séquito de Blanca de Armagnac; pero ignoraba completamente el camino. A cada paso que daba, nuevas maravillas venían á deslumbrar y fatigar sus ojos; perdió la confianza en sus propias fuerzas, y parecíale ya que iba á abrirse bajo sus plantas aquel mágico suelo sobre que paseaba.

Más de una vez se golpeó la cabeza diciendo: ¡Estoy soñando! ¡Deliro!

Pero no, él acababa de ver á su madre. Sí, la había visto.

De repente el pobre Juan vió una nueva aparición, pero tan inverosímil, tan insensata, que hizo un esfuerzo supremo para despertar de aquella pesadilla. Lo que tanto le desatinó fué la vista de un salón campestre, lleno de verdor, en donde una colmena de bellas mujeres jugueteaban con las flores; y en medio de aquel centro femenino destacábase la figura austera de un pobre hombre, de su amigo, del guía humilde, leal y piadoso, en una palabra, del hermano Pacífico.

Y lo más original del caso es, que no era una indiscreción del viento ó un descuido lo que permitía divisar el rostro del buen hombre, sino que Pacífico era el único que se había presentado allí aquella noche sin disfraz ni careta. Con su sotana larga y

escueta, era el mismo, exactamente el mismo que su discípulo había dejado en el interior del bosque de Benevent; su sotanilla raída, formaba un contraste delicioso con las magnificencias que le rodeaban, lo que no influyó en el ánimo de Pacífico, quien estaba allí con la gravedad, la candidez y el aire distraído que no le abandonaba nunca.

Las mujeres que le rodeaban iban vestidas á la oriental, con la frente coronada de oro y pedrería. Pacífico las miraba consternado, santiguábase á menudo y cuando le ofrecían sus copas llenas de un licor rojizo en medio de estrepitosas carcajadas, el infeliz cerraba los ojos y procuraba fugarse. Pero una barrera de flores se oponía á su paso por todas partes, obligándole á permanecer prisionero de las alegres ninfas del jardín.

Juan Rubio presenciaba todo esto negándose á dar crédito á sus propios ojos. Intenciones tuvo de creer en el arte de los encantadores, y momentos hubo en que esperaba que todo aquel artificio se iba á desvanecer en un instante, al contacto de la varilla de un mágico poderoso.

Pero lo más milagroso del caso fué que el pensamiento de Juan se convirtió en realidad: en menos de un segundo, y en el instante mismo en que la cadena de ninfas iba estrechándose en torno de Pacífico, que juntaba con terror entrambas manos, apagáronse de repente todas las luces y el saloncito de flores desapareció en medio de la lóbreguez y las tinieblas de la noche. Juan creyó oír un grito de angustia, articulado por su pobre amigo y pedagogo.

Y como pendía una espada de su cinto, y como era valiente como un león, iba á abalanzarse de cabeza y con los ojos cerrados, á fin de desentrañar el fondo de aquella pavorosa aventura, cuando sintió el contacto de dos manecitas que trataban de detener sus dos brazos.

—Arrogante señor—dijo una voz muy dulce,—reclamo de vuestra cortesía un momento de conversacion con vos.

—Bien quisiera, señora—respondió á la desconocida,—contestaros como merece vuestra bondad, pero...

—¡Ca!—interrumpió la desconocida, sin cuidarse mucho de no soltar prendas:—caballero, os habla juzgado mejor esta mañana al veros caracolear delante de nuestra escolta, en la carretera que va de Corbeil á Fontainebleau.

Juan Rubio se quedó encogido: trataba de ver las facciones que se ocultaban tras de la máscara de la desconocida; pero aquel antifaz de raso y terciopelo permaneció impenetrable, burlándose de su curiosidad. Lo único que pudo comprender Juan fué que quien le hablaba era una joven que se sonreía al mirar al través de los agujeros de la careta.

—¿Qué puedo hacer para serviros, señora?—tartamudeó el desconcertado mocito.

—Esto va ya mejor, gallardo caballero—replicó la desconocida,—y veréis cómo ahora nos entenderemos. Podrías empezar por ayudarme á encontrar entre la multitud á cierto mocito indiscreto que se expone á desagradar á las damas, siguiéndolas á lo largo de las carreteras reales. Precisamente tengo necesidad de ver al tal mocito.

Juan Rubio quedóse corrido. Comprendió que este ataque sólo á él iba dirigido; pero el pobre niño carecía de armas para sostener una lucha de este género. En el fondo de las selvas, en los prados desiertos, es posible tropezar con un arquero de buen corazón que enseñe á manejar la espada; pero no hay medio de hallar quien instruya en la estrategia de los salones de la corte.

Juan Rubio, en tanto, miraba á la bella desconocida, cuya sonrisa iba volviéndose cada vez más

burlona. Daba compasión la timidez del caballero, quien á pesar de recordar en aquel momento su misterioso encuentro con Blanca, en casa de la Amapola, estuvo á pique de echar á correr para confundirse con la muchedumbre.

—Señorita...—murmuró, bajando los ojos.

—Bueno, ya sabéis ahora lo que ando buscando añadió la joven,—y creería casi haberlo hallado, hermoso señor mío, si pudiera comprenderse que un hidalgo, convidado á una fiesta por su dama, fuera capaz de presentarse en ella con una ropilla de paño burdo y un manto cortado así, como de munición.

Juan Rubio púsose más colorado que la cresta de un gallo, y tanto le oprimió el corazón la conciencia de su pobreza, que faltó muy poco para que no rompiera á llorar.

—¡Ay! señorita—dijo;—si venís de parte de aquella á quien venero como á una santa, llevadle, os lo suplico, las expresiones de mi sentimiento. Si he venido, es porque ella me lo ha mandado y no he tenido tiempo de confesarle la pobreza de la posición que ocupo en este mundo. Repetidle mis propias palabras, señorita, si por fortuna sois tan misericordiosa como bella. Decidle que yo no soy nada aquí y que me resigno á quererla desde lejos, respetuosamente, inclinándome á besar en el suelo las huellas de sus pasos, como tantas veces lo he hecho ya. Decidle que quisiera ser un rey para poner mi corona sobre sus rodillas; pero que ni siquiera soy hidalgo, ni escudero ni paje. Decidle, en fin, mi buena y encantadora señorita, que me perdone el haberme presentado con este equipo, que es el único que poseo, y cubierto con una capa ó manto, que debo á la generosidad de uno de sus servidores.

Esto decía el pobre Juan con una voz triste y melosa. María de Argennes, pues era ella que por

orden de su ama había empezado por irle á buscar á la tienda de los pajes, y viendo que no estaba, se atrevió á lanzarse intrépidamente en su busca, por entre la multitud. María de Argennes quedóse conmovida después de oír al pobre doncel.

—¡Nunca había yo visto un niño tan hermoso!—pensaba la joven.—Si madama Blanca se propone jugar con su corazón, será muy cruel.

—Seguidme, amigo mío—murmuró de manera que pudiera oírle Juan Rubio, mientras que su sonrisa perdía definitivamente la expresión de burla que hasta entonces la había animado.—Tal vez no tengáis necesidad de intérpretes ni intermediarios para hablar á vuestra dama... Y cuando llegue esta hora inmediata en que bendeciréis vuestra estrella, os ruego os acordéis de mí, para perdonarme las palabras imprudentes que con tanta razón han excitado vuestra altivez.

—Oh, señorita—quiso decir Juan Rubio fijando en ella una mirada de gratitud.

—Soy una loca—repuso María;—venid, estoy encargada de cuidar de que cambiéis de vestido por otro más adecuado, pues el que lleváis es demasiado rústico y podría llamar la atención.

La frente del joven volvió á erguirse; era orgulloso, y una palabra de negativa asomó á sus labios; María de Argennes vióse obligada á añadir en voz baja:

—Esto es lo que ordena Blanca de Armagnac.

A este nombre, Juan elevó sus ojos al cielo y no intentó resistir. Dió la mano á la bella María de Argennes, y entrambos cruzaron entre la muchedumbre.

En este momento Juan Rubio no conservaba ya ninguna memoria de las visiones que le habían perseguido desde su entrada en los encantados jardines; no se acordaba de la original comitiva de los

caballeros negros, emboscados bajo el follaje de los árboles corpulentos, ni de la imagen de su adorada madre, que una ilusión le había mostrado, de repente, tras un velo agitado por la brisa; ni tampoco de aquel florido salón campestre, donde el pobre hermano Pacífico pugnaba por librarse de la fascinación de las vaporosas hadas.

Lo había olvidado todo para dedicarse exclusivamente á una sola idea: la de Blanca de Armagnac, cuya imagen irradiaba siempre en su corazón.

María de Argennes poseía un talento admirable para abrirse paso entre la apiñada multitud, así es que invirtió apenas algunos minutos en cruzar el espacio á través del cual Juan Rubio andaba errante hacía más de una hora, y muy luego halláronse junto á las doradas tiendas del campo de la reina de Sabá.

María de Argennes dirigióse precisamente á la mayor y más rica de todas las tiendas, dió la vuelta á ella con precipitación y levantó la punta de un cortinaje que daba entrada por la parte opuesta de la gran puerta pública y de ceremonia; pronunció un nombre ó consigna al oído del esclavo negro que estaba allí de centinela, con una cimitarra en la mano, é introdujo al pobre Juan en un aposento angosto, donde estaban reunidas muchas damas y camaristas de la reina del Yemen.

Una alegre risotada fué la acogida que aquella asamblea dispensó al hermoso doncel y á su compañera. Juan Rubio no sabía ya qué partido tomar; pues para un semi-salvaje como él, era demasiado terrible aquel primer ensayo en el gran mundo.

Sus ojos registraron todo el gabinete, y por todas partes no vieron sino guiños de ojos burlones.

Habría allí como media docena de muchachas, todas ellas graciosas, bellas é impecables. Por más que procurara María de Argennes interponer su in-

fluencia en favor del apuesto doncel, empezaron á menudear sobre él toda clase de pullas y bromas picarescas.

Véanse esparcidos por las sillas, un elegantísimo manto de paje, una especie de caperuza azul celeste, una túnica del mismo color con reflejos rosa y otros accesorios.

—Señor paje—dijo una de las jóvenes,—ó mejor, señor príncipe, porque el reyecito quisiera, en verdad, verse tratado como vais á serlo vos, somos vuestros servidores y aguardamos solamente que os dignéis comunicar vuestras órdenes, para dar principio al arreglo de tan distinguida persona.

—Nada tenéis que esperar, hijas mías—dijo María de Argennes, que en medio de aquellas atolondradas, llegaba á parecer muy juiciosa:—tratáse, al parecer, de una cosa formal, y ni vosotras ni yo sabemos el verdadero objeto de todo esto.

—Ya, ya,—exclamó Catalina, que era una rubia encantadora:—el caballero parece un héroe de los cuentos de hadas, y no hay que olvidar que mosén Olivier ha llegado á los cincuenta.

Una risa general acogió estas palabras.

—Vamos á ver—dijo formalizándose María de Argennes:—nuestra ama y señora está esperando.

Todas querían entrafiablemente á su señora y dueña, por lo que cesaron las risas en el acto, y las doncellas empezaron á ponerse en disposición de ultimar en pocos minutos el elegante tocado del paje.

Porque todas aquellas prendas, diseminadas por las sillas (cosa increíble, si no lo refiriéramos con toda formalidad), como borceguies hasta media pierna, túnica azul recamada de color de rosa, manto del mismo gusto y una caperuza de terciopelo, formaban un vestido de paje de la reina de Sabá.

De esta manera debieron ataviarse los árabes del

Yemen en tiempo del sabio Salomón, según opinaba maese Anibal Cola, que fué el gran organizador de aquellas fiestas.

Dos doncellas se apoderaron de los borceguies; otras dos tomaron la túnica, cada cual por una manga; las dos restantes, en fin, encargáronse respectivamente del manto y de la caperuza.

En verdad que no les faltaba razón al llamar al caballero *señor príncipe*, pues aquella noche no hubo monarca mejor servido que Juan Rubio.

En un abrir y cerrar de ojos quedó terminada la operación. El manto fué puesto terciado sobre la túnica, la caperuza de terciopelo cubrió la cabeza del joven, dejando escapar con rica magnificencia los encantadores bucles rubios de sus cabellos.

Las doncellas no se reían ya.

—¡Era tan bello aquel niño, con su dulce semblante y sus grandes y tímidos ojos!

—Quedad con Dios, caballero príncipe—dijeron todas.

Y levantando una punta del cortinaje, desaparecieron, aunque no sin dirigir al joven una mirada desde la puerta.

Juan Rubio se quedó solo con María de Argennes, la cual permaneció silenciosa largo rato.

—Lindo caballero—dijo por fin,—ignoro si volveré á veros más; pero os deseo de corazón toda suerte de felicidades.

Inclinóse Juan Rubio y le besó la mano diciendo:

—Mil gracias, señorita; sois muy buena.

María de Argennes añadió:

—Caballero Juan, me he quedado aquí la última porque era mi deber hacerlo, pues tengo orden de comunicaros las instrucciones de mi señora Blanca de Armagnac.

Los ojos de Juan brillaron como heridos por un rayo de luz sobrenatural.

—Vais á salir de aquí de la misma manera que habéis entrado—prosiguió María;—es decir, por la puerta excusada: el negro que la custodia cruzará la cimitarra delante de vos diciendo: *Blanca*, á cuya consigna debéis responder con esta otra: *Belleza*. Luego daréis por fuera la vuelta á la tienda, é iréis á apostaros junto á la puerta principal. En el momento en que el rey Salomón haga su entrada en los jardines, el cortejo de la reina de Sabá se pondrá también en movimiento.

—Y entonces yo he de procurar acercarme á la reina, ¿no es verdad?—interrumpió Juan ardiendo en impaciencia.

María de Argennes murmuró, acompañando sus palabras con una sonrisa triste:

—El que esta noche se titula rey Salomón, tiene muchas y muy largas espadas á su servicio... Y á él ¿qué le cuesta la vida de un hombre?

—¡Y qué me importa á mi la vida!—exclamó Juan Rubio.

La jóven le interrumpió diciendo:

—Vos amáis con toda vuestra alma; y os lo repito, lindo caballero, deseo que lleguéis á ser feliz.

Y luego añadió, retirándose hacia la puerta por donde habían desaparecido sus compañeras:

—No intentéis acercaros en manera alguna á la reina. Dejad que pase; dejad pasar también á la primera dama de su séquito, porque ésta seré yo; acercaos á la que me siga y que podréis reconocer por su tocado de terciopelo del mismo color que vuestra caperuza, y por su manto, enteramente igual al vuestro; ofreced la mano á esa dama y que Dios os guarde, caballero.

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó Juan Rubio con ademán suplicante.—Os lo ruego, decidmelo ¡por Dios!

María de Argennes había levantado ya el corti-